

XI.

A más de que el agua purifica, riega y apaga la sed, tiene otra virtud preciosa que es la de extinguir los incendios.

Ved aquí una palabra encantadora de la Divina Escritura: "Como el agua apaga las llamas de un incendio, así también la limosna resiste á los pecados." ¹ En vista de esto, quiero juntar en mi pensamiento estos dos tesoros celestiales que tienen un mismo símbolo, el bautismo y la limosna; el agua vivificante de la fé, y el agua refrigerante de la caridad. Una poca de agua que corre sobre nuestra cabeza nos hace cristianos: el agua santa de la limosna, saliendo de nuestras manos y cayendo sobre las miserias de los pobres, apaga el ardor del fuego que hemos merecido por nuestros pecados y nos abre las puertas del cielo.

¹ Eccli. III, 33.

EL MAR.

El espejo de la Divinidad.—El poder y la sabiduría divina.—La Iglesia.—El mundo.
Jesus caminando sobre las aguas.
El corazon del hombre.—María al pié de la cruz.

I.

DIOS, que por todas partes en la vasta extension del mundo, nos ha dejado bien marcadas las huellas de su presencia, parece que se revela mucho mejor á nuestros ojos, manifestándonos toda la grandeza de su augusta majestad, cuando nos ponemos á contemplar la inmensidad de los mares. Entónces decimos: hé aquí un espejo donde se ve á Dios y donde se nos revela su faz divina.

Cuando se pierden nuestras miradas en la extension inconmensurable del Océano, ya puro y limpio como la mirada de un padre, ya ardiente y turbado como la justa cólera de un juez; allí azulado como el cielo y más allá negro como los abismos, entónces de lo íntimo del corazon exclamamos con el Rey David: "¡Admirable es el Señor en las alturas del mar!" *"Mirabilis in altis Dominus."* ¹

II.

Esta inmensidad del mar, que parece amenazar siempre las orillas que lo circundan y que no obstante su poderío siempre las respeta, es una prueba manifiesta para el hombre, de la Omnipotencia del Señor. "Con la fuerza de su brazo—nos dice Job—² congregó de repente los mares. *In fortitudine illius, repente maria congregata sunt.*" Y más adelante, cuando el Señor, dirigiéndose á este Santo hombre le dice: "¡Sabes tú quién le ha puesto diques al mar, para tenerlo encerrado cuando quiere desbor-

¹ Ps. XCII, 4.

² Job. XXXVI, 12.

“darse como un niño que sale del seno materno? Yo lo encerré dentro de sus límites: le puse puertas y cerrojo; y le dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá; aquí se estrellarán las olas de tu orgullo.”¹

Mas ¿qué forma de diques ó qué clase de barreras ha opuesto el Señor á las impetuosas olas del Océano? “Yo le puse por término la arena—dice el Señor por boca de Jeremías—y este mandamiento será perdurable, y no lo traspasará, y se levantarán y se encresparán, y no prevalecerán contra él.”²

Esa profundidad de los mares, que esconde á nuestras miradas impene- trables abismos y misterios profundísimos que jamás podremos sondear, nos representa también, siguiendo al Profeta Isaías, la ciencia universal de Dios, que semejante al mar, cubre la tierra con sus aguas. “*Scientia Dei, sicut aquæ maris operientes terram.*”³

III.

Interpretando San Ambrosio aquellas palabras del Creador: “Que las aguas que están debajo del cielo se reúnan en un solo lugar para formar el mar,”⁴ nos dice: “Procuremos imitar á estas aguas, Dios les manda reunirse y al momento se reunieron. Manda que los hombres le obedez- camos, y los hombres rehusamos acatar sus mandamientos. Si imitáramos á las aguas, así como éstas se juntaron para no formar más que un solo mar, así también nosotros, en una santa unión, no deberíamos formar más que una sola Iglesia.”⁵ “Con razón—añade el Santo—se compara en la Divina Escritura la Iglesia con el mar. La Iglesia que en los días solem- nes derrama por sus pórticos las oleadas de la multitud; la Iglesia, don- de la oración de todo un pueblo forma un estruendo como de mar que se retira; donde los cánticos de los fieles, de las vírgenes y de los niños que se responden, resuenan como la armonía de las grandes oleadas; la Iglesia, finalmente, que lava con sus aguas los pecados del mundo, y sobre las cuales incesantemente están soplando las brisas del Espíritu Santo.”⁶

IV.

El mar significa comunmente, en nuestros Libros Santos, la vida del si- glo y el mundo que habitamos. “El mundo es un mar—dice San Agustín—donde tan ocultas profundidades nos admiran, donde tantas tempesta- des mugen al rededor nuestro y donde se deslizan sin detenerse jamás.”⁷

¹ Job. XXXVIII, 8 et. seq.

² Jerem. V, 22.

³ Isai. XI, 9.

⁴ Gen. I, 9.

⁵ Hexam. lib. III, cap. I.

⁶ Hexam. lib. III, V.

⁷ Conf. lib. III, 28.

“Que el Señor, por su misericordia—continúa San Ambrosio—haga el que navegemos con prosperidad en nuestras embarcaciones, sobre esas olas del mar que se suceden embravecidas, y se digne conducirnos con seguridad al puerto, haciendo que no tengamos que soportar esas pruebas durísimas de los naufragios en la fé; sino que por el contrario, se digne concedernos los dulces gozos de la paz perfecta. Y si algun día tuvié- mos que ser arrebatados por la furia de las olas importunas del siglo, que venga el mismo Jesus á tomar en sus manos el timon, y que vigile por nosotros, domando con su poder el ímpetu de las olas, apaciguando la tempestad, y haciendo que el mar recobre su más perfecta calma.”¹

También el Rey Profeta se vale con frecuencia del símbolo del mar pa- ra hablarnos del mundo, diciéndonos: “Un mar vasto y extenso, donde abundan innumerables peces... sus olas se ven surcadas de bajeles.”² “Mar terrible!” lo llama San Agustín, interpretando estas palabras. Por- que ciertamente, en esta vida del siglo, nos rodean peligros y asechanzas por todas partes, y si no somos demasiado cautos, fácilmente nos engañan con sus artificios. ¿Quién, si nó, puede reducir á número las tentaciones que nos hacen andar como los reptiles, arrastrándonos sobre la tierra? Vigile- mos, pues, para que no se apoderen de nosotros. Este mar es formida- ble; pero á pesar de eso, pasan por él los navíos sin sumergirse. La Iglesia, que no es más que una nave, boga al través de las borrascas de las tenta- ciones humanas, y va dominando las airadas y atrevidas olas del siglo. Su gran Piloto es Jesucristo, que lleva en sus manos el timon sagrado de la Cruz. Nada, pues, tiene que temer esta navecilla. Lo que importa para su salvacion no depende del mar ni del navío, sino del poder y sabiduría del Piloto que la conduce... Jesucristo camina con seguridad, camina con perseverancia y llega al puerto... y llega á la patria.³

Así es como los Padres de la Iglesia nos comparan las turbulencias del mundo con las agitaciones del mar, queriendo con frecuencia presentar á nuestra memoria el recuerdo del Salvador, velando sobre la barquilla en medio de sus Apóstoles, para calmar los vientos y las tempestades.

En otra parte nos muestra el Evangelio, de una manera no menos con- movedora, el imperio de Jesucristo sobre el mar enfurecido, que es la imá- gen del mundo.

Después del milagro de la multiplicación de los panes, habia hecho Je- sus, que subiendo sus discípulos á la barca pasasen ántes que Él á la otra ribera del lago de Genezareht: Él, sin compañía alguna, se retiraba á orar en el monte. Pero como el viento era contrario, la nave en que iban los Apóstoles era combatida por la fuerza de las olas que se levantaban furio- sas. Mas á la cuarta vigilia de la noche, vino Jesus hácia ellos, andando sobre el mar, y cuando le vieron andar de esa manera, se turbaron y se de- cian: ¿es un fantasma! y de miedo comenzaron á dar voces. Mas Jesus les habla á ese tiempo y los tranquiliza, y tomando Pedro la palabra, le dijo:

¹ Hexam. lib. III, cap. I.

² Ps. CIII, 25.

³ Hexam. lib. III, cap. I.

“Señor, si Tú eres, manda que yo vaya hasta donde tú estás andando sobre las aguas. Pues ven—le respondió Jesús.”—Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre el agua para llegar á Jesús; más sintiendo la fuerza del viento, y que empezaba á hundirse, tuvo miedo, y dando voces decía: “Sálvame, Señor;” y tendiéndole Jesús la mano le dijo: “hombre de poca fé, ¿por qué dudas?”¹

El mar es el mundo—nos vuelve á decir San Agustín—y la barca es la Iglesia; y aun cuando os parezca que el Salvador la abandona por algún tiempo, y que los vientos que por todas partes la impelen, le son contrarios, nada temais: bien pronto volverá hácia ella, llegando de una manera milagrosa, hollando las olas enfurecidas. Estas se levantarán orgullosas, pero Él las humillará: llegarán en su furor á alzarse tan alto como las potestades del siglo; pero Jesucristo, que es nuestra cabeza, quebrantará la cabeza de estas potestades.²

Pedro, que es el primero en el orden apostólico y que representará toda la Iglesia, nos figura aquí al mismo tiempo á aquellos que están firmes en la fé cuando él anduvo sobre las aguas, y á aquellos que dudan cuando comenzó á sumergirse.³

¡Ay de mí! para cada uno de nosotros, la pasión que más nos domina es como la tempestad que con mayor violencia nos combate. Si amais á Dios, caminad sin temor sobre el mar de este mundo, hollando sin vacilar sus vanidades: Si amais al siglo, Él os tragará. Mas cuando vuestras pasiones se atumulten para venceros, recurrid á Jesús y decidle como San Pedro: “¡Sálvame, Señor, sálvame!”

V.

Explicando San Gregorio estas palabras dirigidas al Santo Job por el mismo Dios: “Yo soy el que he puesto límites al mar, y el que le he dicho: “Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante.”³ Considera el mar como una imagen del corazón del hombre, á quien la cólera turba; á quien el orgullo infla y levanta; á quien amargan los rencores y ciegan sus injusticias.” Solo comprende todo lo que hay de borrascoso en este mar, aquel que sabe darse cuenta á sí mismo de sus más secretas tentaciones. Porque aun cuando nos parece que ya estamos muy lejos en lo exterior de los caminos de la iniquidad, que hemos roto con toda obra mala, y que nuestros deseos parecen rectos y buenos, sin embargo, en lo interior de nuestro corazón nos sentimos fuertemente agitados por todos los tormentos de la vida que acabamos de renunciar. ¡Oh! y cuánta necesidad tenemos entonces de que el Señor venga á ponerle diques á este mar, y que no deje que las tentaciones invadan las orillas y perviertan nuestras obras.

1 Mat. XIV, 22-33.
2 De Ver. Dom. serm. XIII, et XIV.
3 Job. XXXVIII, 10 et 11.
4 Mor. XXXVIII, cap. XIX, et. seg.

1 Hozam. lib. III, cap. I.
2 P. CIII, 25.
3 Hozam. lib. III, cap. I.

Mas lo que yo os pido, sobre todo, ¡oh Jesús mio! es el que vigileis sin cesar y con amor sobre ese borrascoso mar de las pasiones que está dentro de mi corazón, y que cuando se levante airada la tempestad, inmediatamente, por vuestra dulce presencia y el imperio de vuestra voz, consiga la paz y la tranquilidad.

VI.

La amargura de las aguas del mar viene á ser con frecuencia en la Sagrada Escritura el símbolo de nuestras aflicciones. En este sentido se pregunta el Profeta Jeremías, á quién podrá comparar el dolor de la Hija de Sion, y exclama: “¡Inmenso como el mar es tu dolor!” *Magna est velut mare contritio tua.* La Iglesia no vacila en aplicar estas palabras á la Virgen, Hija de Sion, que ha sufrido más que nadie en este mundo; á María, al pié de la cruz.

María vió á su muy amado Hijo espirar en medio de los más horrendos suplicios, considerando la perfidia de los judíos, la malicia de los pecadores, y sobre todo, la ingratitud de los hombres. La espada profetizada por Simeon, traspasando su corazón maternal, le hacia exclamar: “Vosotros que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor que pueda compararse con el mio.”²

Vuestro dolor, ¡oh María! es inmenso como el mar; nadie puede sondear su profundidad, porque vuestro sufrimiento se iguala con vuestro amor; es tan amarga vuestra pena, que nada puede dulcificarla. Vos sois, ¡oh María! la verdadera Raquel, que no quiso consolarse porque su Hijo había muerto.³

Das veces se menciona por Jesucristo en su Santo Evangelio el símbolo de la perla. El nos propone desde luego esta parábola: “El reino de los cielos es semejante á un mercader que anda en busca de perlas. Y habiendo encontrado una de gran precio, se fue, vendió cuanto tenía y la compró.” Y en otra vez también dijo: “No arrojéis vuestras perlas delante de los puercos.” ¡Oh! y cuánto más raras son las perlas del Evangelio que las del mar. Y así como la belleza de estas se manifiesta con diversidad de colores, según la luz que reciben, así también los sagrados Doctores explican de diferentes modos este símbolo, según las diversas inspiraciones que les comunica la divina Sabiduría. San Agustín nos dice al respecto, que las perlas significan todos los bienes espirituales de la más elevada jerarquía. Y San Juan Crisóstomo nos asegura que las perlas comparan con nuestros divinos misterios, en la palabra de Dios, como lo está la perla dentro de la concha.

1 Thren. II, 13.
2 Thren. I, 12.
3 Math. II, 18.

1 Hozam. lib. V, cap. XI.
2 Mat. cap. XIII, 45.
3 Mat. VII, 6.
4 De Serm. Dom. in monte lib. II, cap. XXXI.
5 Gineost. sup. Mar. in Op. impert.

Mas no se contentan con esta interpretacion general. El negociante de la parábola, no buscaba más que buenas perlas, y por fin llegó á encontrar una, mucho más preciosa que las demas. ¿Cuáles son esas buenas perlas, se preguntan los Padres de la Iglesia, y cuál es entre ellas la más preciosa? ¹

“Es sin duda la más preciosa—responde San Gregorio—la dulzura de la vida del cielo, que cuando ha llegado á comprenderse, se estima sin comparación sobre todas las preciosidades de la tierra.” ²

Para San Jerónimo, las perlas son la ley y los profetas, pero la mejor de ellas dice: que “es la ciencia de Jesucristo, de su pasión y de su resurrección.” ³ Aquel que la posee, menosprecia como San Pablo las vanas observancias de la ley y todo lo renuncia por ganar á Jesucristo.”

San Agustin nos las interpreta en diversos sentidos de una manera admirable. ⁴ “El negociante evangélico—nos dice—busca entre los hombres virtuosos aquel con el cual le es más útil y conveniente vivir, y no encuentra mas que á un solo hombre sin pecado, que es Jesucristo, nuestro divino Medianero.”

O busca entre los preceptos divinos el primero, que es el bien de la sociedad, y se encuentra con el amor del prójimo, del que San Pablo tiene dicho: “que es el complemento ó la plenitud de la ley.”

O buscando, por último, entre las más elevadas inteligencias, se encuentra aquella que domina á todas, y de la cual están escritas estas palabras: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo apareció resplandeciente con la luz de la verdad.” ⁵

Mas cualquiera que sea el sentido que adoptemos, nos advierte el mismo Santo Doctor que si queremos conseguir esa perla, el único precio digno de ella es el de nosotros mismos. “*Margaritæ pretium est, nos ipsi:*” porque será muy poco vender cuanto poseemos, si no nos damos á nosotros mismos, pues solo entónces no tendremos más que dar. ⁶

III.

Quando Jesucristo exhortaba á sus Apóstoles para que no arrojasen las perlas á los animales inmundos, nos quiso dar á entender desde un principio, que las perlas del Evangelio habian de brillar con la hermosura de la pureza.

En esta exhortacion nos enseña tambien el respeto con que debemos ver las cosas santas.

Con este motivo, recordemos un bello pensamiento de San Juan Crisóstomo, que dice así: “Si Dios, que es el Padre comun de los hombres, nos pide que seamos generosos con todos nuestros hermanos, cuando se trata de darles los bienes de la naturaleza, tambien quiere que atendamos

¹ Vid. Cat. aurea. in Mat. cap. XIII.

² In hom. XI, in Evang.

³ Cat. aurea loc. cit.

⁴ Loc. cit. in hom. XI.

⁵ De Quest. Evang. ex Mat. cap. XIII.

⁶ S. Aug. ibid.

IV. LAS PERLAS.

Dios ha sembrado sus tesoros en las orillas del mar.—Las perlas del Evangelio.—La perla preciosa.

No arrojéis las perlas

á los animales inmundos.—El atavío de las Vírgenes.—La Eucaristía.

I.

Manos llenas derramó Dios en el mundo las riquezas de la creación. Sembró de astros la cima del firmamento, y allá en el fondo de los mares, en humildes conchas, encerró las perlas. “De tal manera lo ha hecho—dice San Ambrosio—que lo que hay exquisito en los tesoros de los reyes, se encuentra con abundancia en las riberas del mar y se recoge en sus rocas.” ¹

II.

Dos veces se menciona por Jesucristo en su Santo Evangelio el símbolo de la perla.

Él nos propuso desde luego esta parábola: “El reino de los cielos es semejante á un mercader que anda en busca de perlas. Y habiendo encontrado una de gran precio, se fué, vendió cuanto tenia y la compró.” ²

Y en otra vez tambien dijo: “No arrojéis vuestras perlas delante de los puercos.” ³ ¡Oh! ¡y cuánto más ricas son las perlas del Evangelio que las del mar...! Y así como la belleza de éstas se matiza con diversidad de colores, segun la luz que reciben, así tambien los sagrados Doctores explican de diferentes modos este símbolo, segun las diversas inspiraciones que les comunica la divina Sabiduría.

San Agustin nos dice al efecto, que las perlas significan todos los bienes espirituales de la más elevada gerarquía; ⁴ y San Juan Crisóstomo nos asegura que las podemos comparar con nuestros divinos misterios, encerrados en la palabra de Dios, como lo está la perla dentro de la concha. ⁵

¹ Hexam. lib. V, cap. XI.

² S. Mat. cap. XIII, 45.

³ Mat. VII, 6.

⁴ De Serm. Dom. in monte lib. II, cap. XXXI.

⁵ Chrisost. supr. Mat. in Op. imperf.

“á reservar sus gracias espirituales para aquellos que sean dignos de obtenerlas.”¹

IV.

Las perlas, como las piedras preciosas, son un ejemplo de la transformación que en el lenguaje simbólico de nuestros libros santos, tienen que sufrir los objetos materiales.

Considerando las perlas en sí mismas, no son mas que un adorno frívolo y mundano, cuyo uso está prohibido por el Apóstol San Pablo á las mujeres cristianas;² pero si las vemos como símbolo, las perlas se transforman al instante y vienen á ser entonces un aderezo celestial.

En el oficio divino que la Iglesia consagra á una de sus más esclarecidas vírgenes, canta esta bellísima antifona que toma de las mismas palabras de la Santa: “El Señor ha cercado mi garganta y mis manos de piedras preciosas y colgado en mis orejas perlas inestimables.”³

Y estas perlas ¿qué otra cosa significan sino los tesoros de la pureza con los que tanto se complace el Señor adornando con ellos los corazones de las vírgenes?

V.

Me basta que la perla inestimable del Evangelio sea Jesucristo, para que inmediatamente reconozca en ella la divina Eucaristía.

¡Oh perla preciosísima! ¡Oh inestimable Eucaristía! ¡Te he buscado largo tiempo há entre las riquezas de la tierra y entre los tesoros del cielo, y solo te he encontrado en el Tabernáculo Santo, como en el fondo de un Océano de amor! Si el negociante de la parábola todo lo vendió para adquirir esa perla de tan subido precio, fué porque ella sola valia más que todo, y con su posesion nada le faltaba. ¡Oh! ¡y cuánta verdad es esta con relacion á la divina Eucaristía! Si: á ella sola se pueden aplicar estas palabras del Sabio: “Todos los bienes me vinieron juntamente con ella. *“Omnia bona venerunt mihi pariter cum illa.”*”⁴

El precio de esta perla soy yo mismo. Yo me entrego enteramente á Vos, ¡oh Señor! mas ¿quién soy yo para poseer dignamente la perla Eucarística...? Vos no quereis que vuestras perlas sean arrojadas vergonzosamente á los corazones manchados: ellas deben ser engastadas en el oro, en expresion de San Ambrosio.⁵ Pues purificad mi corazon ¡oh Jesu mio! y hacedlo todo oro, para que así pueda recibir dignamente la perla de la Eucaristía.

¹ In hom. XLVIII, super. Mat.

² 1. Timot II, 9.

³ In Ofic. S. Agnetis, 21, Januarii.

⁴ Sap. VII, 11.

⁵ Conc. in fest. S. Lucie. V. et. m.

LA SAL.

La sal purifica y sazona.—La divina Sabiduría.—La sal en la boca de los niños.—El Espíritu y la letra de las Santas Escrituras.—La gracia de Dios.—Vos sois la sal de la tierra.—Jesucristo es sal divina.—La sal desabrada.—La sal infatuada.—La estatua de sal.—La sal divina de la Eucaristía.

I.

ADMIRABLE es la virtud con que el Creador ha enriquecido á la sal! Ella tiene el don de purificar y preservar de la corrupcion. Por eso el Señor habia ordenado á su pueblo en la ley antigua y figurativa, que pusiera sal en sus sacrificios, diciéndole: “Todo lo que ofrecieres en sacrificio, lo sazonarás con sal... En todas tus ofrendas ofrecerás sal.”¹

La Iglesia, que es la heredera de las promesas divinas, que ama tanto la pureza y que conoce perfectamente todo lo que le afea y le mancha, continúa empleando la sal en muchas ceremonias de su culto externo. Y acordándose de que el Profeta Eliseo purificó las aguas fétidas derramando en ellas una vasija de sal,² ella tambien, siguiendo su ejemplo, mezcla sal en el agua que va á bendecir.

II.

La sal no solo purifica, sino que tiene la cualidad de dar á nuestros alimentos cierto sabor y tal gusto, que jamás podrian adquirir sin ella. Esas dos propiedades de la sal convienen igualmente á la verdadera sabiduría, que nos aleja siempre del pecado y nos hace amar y gustar de las cosas santas.

Ved aquí uno de los principales motivos en que funda la Iglesia aquella ceremonia que hace por medio de sus sacerdotes cuando administran el bautismo, poniendo una poca de sal en la boca de los infantes, diciéndoles estas palabras: “Recibe la sal de la sabiduría.”³

¹ Levit. II, 13.

² Reg. III, 21.

³ Rit. Rom.